

Que Rafaela Sánchez ama a su tierra es cosa segura. Lo lleva grabado en las siete letras de su nombre, nombre de arcángel, el arcángel aljamiado de lentejuelas oscuras –que decía Lorca-, de ese esbelto perfil que, de esquina en esquina, custodia día y noche las casas y las almas de Córdoba entera. Pero además, presume de amar a su tierra. Ejerce de cordobesa apasionada y es capaz de expresar su pasión a través de la poesía... Sin duda lo es. Hay que leer los versos que destila su alma de poeta para estar convencido de ello, y así lo manifiesta Rafael Pinilla Melguizo junto a Encarnación Sánchez Arenas para aconsejarnos este libro de lectura.

Versos para el letargo es una preciosa oda poética. Su autora lo subtítulo “Dedicado a Medina Azahara: la ciudad que nunca debió ser destruida”, pero Rafael y yo no estamos del todo de acuerdo en esta apreciación suya. En primer lugar, por considerar que los hechos históricos, ya pasados, nunca deben ser juzgados desde los ojos del presente, aunque resulte tentador hacerlo. Por poner un ejemplo, la expulsión de los judíos, medida intrínsecamente drástica, y hasta cruel, donde la haya en las páginas de nuestra historia, explica la realidad española posterior que, de no haberse producido dicha expulsión, hubiera sido otra distinta a la que siguió después. En lo que toca a la destrucción de Medina Azahara ocurre algo similar. Las dinastías se suceden una tras otra y es frecuente que la reinante procure por todos los medios blasonar de su poder borrando las glorias de la que le precedió.

Pero, hay que pensar que el propósito de quienes en un determinado momento decidieron arrasar la magnífica ciudad califal no lograron su propósito. Ciertamente es que devastaron sus muros, sus jaspes, sus piedras, los tesoros que contenían... Pero ¿en verdad lograron acabar con su memoria? Evidentemente, no. Muy al contrario, creo que con su propia destrucción contribuyeron a crear la leyenda sobre Azahara, alimentando la creatividad de tantos y tantos poetas que, desde los mismos árabes hasta la propia Rafaela, tomaron a sus muros desolados como fuente de inspiración. Como hizo el propio Ibn Zaydún, el poeta neoclásico de al-Andalus por excelencia, cuando, lleno de nostalgia por el amor perdido, lloraba así las ruinas de Azahara:

*¿Podrá el ausente volver a Azahara después que la distancia
haya agotado sus últimas lágrimas?*

*¿Volverá a ver los reales aposentos, entre zócalos aún resplandecientes,
y noches tenebrosas como auroras? ¿Aquellos Dos Zarcillos,
su Cúpula, La Estrella inmensa, la Terraza, que viene a mi memoria?*

Recordemos también cómo, siglos después, el también cordobés Ricardo Molina, en sus *Elegías de Medina Azahara*, describía la esencia del alma de esta ciudad en ruinas, con estos hermosos versos:

*“Mientras tierna mejilla y ojos verdes
y rojos labios y morena frente
y primavera en pecho delicado
y tallo de flor, lánguido, en cintura,
y dios sin velo en astro al mediodía
y rosa, rama, abeja y vino canten,
tú, narciso de olvido,
tú, música cantándose a sí misma,
Medina Azahara, beso que besa,
tú y yo, viviendo, amando,
dulce leyenda, vivos
y muertos, y olvidados,
y presentes, y eternos, en canción, en amor”*.

Es evidente que también Rafaela Sánchez, con su estilo original y una sensibilidad a flor de piel, se ha servido, tal vez inconscientemente, de la atribulada historia de la ciudad palatina y la leyenda creada en torno a ella para dar vida a estos *Versos para el letargo* que ahora nos ofrece. A través de la frescura de estos versos se adivina el espíritu de una mujer singular que expresa a través de su personal visión poética sobre la brillante ciudad califal el amor que profesa a la tierra que la vio nacer.

Como prueba de gratitud Rafael Pinilla Melguizo, profesor de árabe de la universidad de Córdoba, dedica también este soneto a Medina Azahara:

*Déjame que te cuente una casida
con mi torpe decir, desesperado,
entre miles de versos que han llenado
de corazón de luna tus pupilas.*

*Un capricho oriental ha imaginado
la efímera ilusión de tu perdida
carne de flor de azahar adormecida
en el negro regazo de un esclavo.*

*Yo te he visto, quizás, como una vieja
de mejillas hendidas de aladares
que clavan sus raíces en la tierra,*

*un cuerpo de mujer de alma de piedra
y cejas ultrasemicirculares
lacerado con llagas que no cierran.*